

ESCENA IV
SALVADOR — GRACIELA

SALVADOR.—(Se ha sentado junto a la mesa, apoyando pesadamente en ella, la cabeza.)

GRACIELA.—(Pasa el pañuelo por sus ojos, entorna la puerta, toma de un rincón un puñado de viruta y de trozos de papel y los pone en el bracero después de haber quitado la ceniza.)

SALVADOR.—(Volviéndose corre para cerciorarse de que Francisca ha salido, ve la puerta semicerrada y pregunta perplejo:) ¿Por qué no cerraste la puerta?

GRACIELA.—¿Y todavía sospechas? La he dejado un poco abierta para encender fuego. (Enciende con un fósforo lo que puso en el bracero, sobre las llamas echa en seguida un puñado de carbonilla y luego unos carbonos grandes y sopla después con una pantalla.)

SALVADOR.—(Se levanta, con desconfianza y va a cerrar la puerta, quita la llave, y se la mete en el bolsillo. Abre la ventanita. Vuelve a sentarse.) Bien, ahora me dirás que te decía mi madre.

GRACIELA.—(Dejando la pantalla, con reticencia.) Si fueras más razonable... Si no la odiaras tanto...

SALVADOR.—(Muy sombrío.) ¡Nunca podrás entender tú todo lo que he sufrido y lo que sufro por causa suya! Y sin embargo, no es a ella a quien odio. Me odio a mí mismo. (Luego, intentando convencerla.) Si yo no me hallara en la miseria, antes que todo... pensaría en socorrerla, sin que ella se diera cuenta, bien entendido, y trataría de sacarla de en medio de la calle. Esto no significa odiar. Yo soy más razonable, de lo que tú crees, y por eso... haces mal en andarme con misterios.

GRACIELA.—(Siempre con reticencia.) Precisamente de nuestra miseria me hablaba ella. Y el socorro que tú desearías darle, ella... quisiera dárnoslo a nosotros.

SALVADOR.—¿Deberíamos repartirnos los centavos que recoge teniendo la mano?

GRACIELA.—No, no decía eso.

SALVADOR.—¿Y qué decía? (Pausa.)

GRACIELA.—Acércate. Ven, hace tanto frío.

SALVADOR.—¡No! (Pausa.)

GRACIELA.—(Se levanta. Va junto a él, por detrás. Lo abraza, levemente, amorosamente.) Salvador... (Se retarda, levantando los ojos hacia el cielo.)

SALVADOR.—¿Y no continúas?

GRACIELA.—...Sí... tu mamá...

SALVADOR.—(Alentándola con tono fingido.) ¡Adelante!

GRACIELA.—Nos hubiera traído... también...

SALVADOR.—(Irguiéndose, de plé, terriblemente.) ¡Dinero?

GRACIELA.—¡No! ¡No te pongas así!

SALVADOR.—(Con las pupilas dilatadas.) ¡Dónde está ese dinero? ¡Dónde? ¡Quiero verlo! ¡Dónde está?

GRACIELA.—(Temblando de plé a cabeza.) ¡Más tarde te lo mostraré!

SALVADOR.—(Rugiendo.) ¡Dónde lo has puesto? ¡Dónde lo has puesto?

GRACIELA.—¡No te pongas así, Salvador, que me espantas!

SALVADOR.—¡Muéstrame en seguida ese dinero si no quieres que enloquezca!